

—Bien, nuestro; repitió el marino encojiéndose de hombros.

La criolla, en efecto, habia aparecido en su palco, dirigiendo su primera mirada á la platea de la Marquesa, cruzándose entre ambas un saludo afectuoso, casi tierno.

Esta nueva aparicion produjo un movimiento contrario al que habia producido la presencia de la Marquesa, pues todos los semblantes que miraban á la izquierda se volvieron inmediatamente hácia la derecha: la expectacion pasó de la platea al palco, de la Marquesa á la criolla, y un rumor casi imperceptible se extendió de una parte á otra; era una voz, repetida de boca en boca, que iba diciendo: «¡ Ah! la Virgen América.»

Las dos rivales se hallaban frente á frente. Luisa, como ya sabemos, ocupaba el lugar preferente de su platea y tenía delante la escena. Mercedes, por el contrario, ocupaba en su palco el lugar opuesto, y dando la espalda al espectáculo, tenía delante el público.

Esta situacion respectiva de cada una de las dos no es de todo punto indiferente. En

primer lugar, porque en la lucha tenaz en que se hallaban empeñadas, la presencia de una y otra en el teatro era un encuentro, en el que ambas habian de agotar los recursos de la estrategia para obtener el triunfo de sus encantos, conquistando la atencion del público, cuya admiracion se disputaban con heróico empeño; y no está de más saber la posicion respectiva de cada una, si hemos de seguir los incidentes del combate y el valor y la destreza de los combatientes. En segundo lugar, porque sus distintas actitudes pueden dar idea de la situacion interior de sus ánimos.

La Marquesa, fija en la escena, seguia atentamente el curso del idilio que se desenvolvía ante sus ojos, marcando con movimientos de cabeza las frases más felices y las más bellas melodías de los cantos que resonaban en sus oídos, y parecia indiferente á todo lo demas. De vez en cuando se volvía á los amigos que la acompañaban y les dirigia algunas palabras. Habia en su aire arrogancia y desden, pero desden y arrogancia tan naturales, que no tenian nada de ofensivos.

Parecía un atleta que, seguro de su fuerza, se cruzaba gallardamente de brazos, esperando ser acometido.

Por el contrario, Mercedes, vuelta de espaldas á la escena, no mostraba interes ninguno por el espectáculo, y oía los sencillos y armoniosos cantos de la *Somnámbula* sin escucharlos; su cabeza inquieta se movía en todas direcciones, y sus ojos negros repasaban una y otra vez la concurrencia, dejando en pos de sus rápidas miradas fugitivos saludos.

Alguna vez inclinaba la cabeza para escuchar algo que el Duque le decia, haciendo caer sus negros y abundantes rizos sobre la blancura mate de sus hombros desnudos; pero ni una vez siquiera volvió los ojos para mirarle, y pareciéndole el tiempo demasiado precioso para perderlo en inútiles conversaciones, aprovechaba aquellos momentos en saludar, ya á una amiga, ya á un conocido, ó en examinar al traves de sus ricos gemelos el tocado más ó ménos insignificante que alcanzaba el favor de atraer sus miradas.

Ello es que el Duque solia morderse los

labios alguna vez que otra, comprendiendo que no era muy airoso el papel que estaba representando *coram populo*; esto es, en presencia de tan respetable público.

El Vizconde observaba todo esto, tocando con el codo á su compañero cada vez que la escena se repetía.

A la tercera vez que sintió éste en el brazo el codo de su aliado, se agitó en la butaca, diciendo:

—Ya lo veo, ya lo veo; pero eso me parece de malísimo agüero, y me inclino á creer que el diplomático tiene razon cuando dice que ese casamiento es cosa hecha.

—Bah, bah, replicó el Vizconde. Me parece que las señas son mortales; ¿no ve V. con qué indiferencia, con qué desden lo trata?

—Sí, sí; precisamente esa indiferencia que usted observa es la que yo tengo por sospechosa.

—¡No entiendo por qué!..... exclamó el Vizconde admirado.

—¿Por qué?..... contestó el marino..... porque cuando una mujer trata así al hom-

bre con quien dicen que va á casarse, es porque ha hecho cuenta de que ya es su marido. A nosotros, añadió, lanzando un suspiro, no nos ha tratado así nunca.

Entre tanto Mercedes se movia y agitaba en su palco con una vivacidad que atraía hacia ella las miradas del público; sus gemelos no paraban; tomaba diversas actitudes, abandonándolas casi en el momento mismo de tomarlas.

La señora de Vegahonda, asombrada de la movilidad de su hija, le dijo con su lentitud acostumbrada:

—Mire, niña..... no se mueva tanto..... no se fatigue.

Verdaderamente parecia dominada por una excitación nerviosa, y verdadera ó fingida, consiguió que la concurrencia volviera la espalda á la Marquesa para fijar en ella su atención curiosa.

Los que estaban en el secreto de esta rivalidad volvian de vez en cuando los ojos hacia la platea para ver el efecto que causaba en Luisa el triunfo, digámoslo así, que alcanzaba la criolla teniendo al público pen-

diente de sus movimientos; pero la Marquesa permanecia indiferente, impassible, de tal modo, que muchos creyeron que considerándose débil, emprendía la retirada, dejando á su rival en plena posesion del campo de batalla.

Realmente la criolla se mostraba agresiva, y la Marquesa no podía fijar sus miradas en ninguna parte sin que en el acto mismo no estuvieran allí los gemelos de la Virgen América; mas Luisa parecia huir de estos encuentros, y apartaba sus ojos con tranquila indiferencia.

Naturalmente, estas dos mujeres, que se disputaban el imperio de la moda, tenían sus respectivos parciales y habian creado dos partidos: el partido de la Marquesa y el partido de la criolla, dando ocasion á acaloradas disputas, en que se ventilaba la superioridad del mérito de la una y de la otra.

El partido de la criolla triunfaba esta noche, y los partidarios de la Marquesa no se encontraban del todo satisfechos.

Entre los amigos que formaban la corte de Luisa se hallaba Guillen, que examinan-

do científicamente desde el fondo de la platea la movilidad de Mercedes, preguntó en voz baja:

—La señorita de Vegahonda ¿suele padecer convulsiones?

—La Marquesa le contestó:

—No tengo noticia de que la aflija semejante enfermedad.

—En ese caso, insistió el médico, le ha acometido repentinamente, pues hace bastante tiempo que la observo y no he conseguido verla quieta un instante, y me alarma esa inquietud, porque no es propia de la pereza tropical de su complexion americana.

—Me parece, añadió la Marquesa, que no es su salud lo que corre peligro.

—En efecto, dijo otro de los presentes; su juicio es más bien el que peligrá.

—Oh, exclamó la Marquesa; es V. muy severo, general.

—Señora, replicó éste, cuando se han cumplido sesenta años, es preciso ser de todo punto imbécil para no ver claramente la realidad de las cosas, y francamente, me parece que esa señorita se ha vuelto loca.

—¡Loca!..... exclamó Guillén; hé ahí un caso que me alegraría tratar; tengo acerca de la locura una teoría luminosa y estoy seguro de salvarla; acudiendo con tiempo y anticipándome á corregir los primeros desórdenes del cerebro, mi sistema es infalible.

—No se trata de eso, replicó la Marquesa con afable sonrisa. La locura, puesto que el general da ese nombre á la vivacidad de la señorita de Vegahonda, es una enfermedad que, con permiso de la ciencia, encuentra al fin y al cabo el específico que la cura radicalmente.

—Conozco, exclamó Guillén con asombro, todos los específicos, y no sabía que hubiera ninguno para la locura.

—Pues la hay, señor doctor..... Mercedes tiene veinte años, es bella, muy rica y se ve adulada; su locura es bien disculpable: es la locura del diamante que busca la luz para brillar..... es una dolencia que sólo curan los años.

—¡Ah! no señora, exclamó el general. La juventud hace las locuras, y la vejez las tonterías.

No sé qué orden de ideas despertarían en la Marquesa estas últimas palabras, que bajó tristemente la cabeza y asomó á sus mejillas una ligera sombra sonrosada.

Casi al mismo tiempo decía Mercedes:

—¡Oh! la Marquesa está deslumbradora.

—No tanto, añadió el Duque, como la señorita de Vegahonda, objeto en este instante de la admiración que todos le tributan.

—Gracias, caballero, dijo la criolla sin dignarse mirarlo. No se puede pedir más fina galantería, puesto que me sacrifica V. á su misma hermana.

—Eso prueba que soy justo.

—No, no; eso prueba que es V. ingrato.

—¡Ingrato!..... exclamó el Duque.

—Sin duda, replicó Mercedes. Usted le debe mucho á su hermana.

—En efecto, le debo un gran cariño.

—Eso es, un cariño á toda prueba. Pero ¡ah!..... esto es magnífico, añadió inclinándose hácia la escena y dirigiendo á ella sus gemelos, de manera que le volvió al Duque completamente la espalda —una hermosa espalda desnuda.—

Llegaba á su término el primer acto de la *Somnámbula*, y hasta entónces ni la gran música ni los medianos cantantes que la interpretaban habían conseguido aplauso ninguno, porque existían contra la empresa ciertas prevenciones, fundadas sin duda en que el empresario, que iba á su negocio, no quería arruinarse presentando la mejor compañía del mundo. La tiple, que cantaba por primera vez en este teatro, y que había sido anunciada con todos los honores de una gran novedad, no era ciertamente un prodigio, pero su voz dócil y su excelente escuela habían contenido cierto deseo de silbar, mostrando alguna vez por cierta parte del público.

Entraba la representación en la última pieza del primer acto, y reinaba en el teatro un profundo silencio, de esos silencios en que se engendran los grandes aplausos y las grandes silbas, y en esta ocasión el silencio tenía más aspecto de tempestad que de calma.

De pronto resonaron sobre la madera del pavimento pasos acompasados, y los que volvieron la cabeza pudieron ver un hombre que, envuelto en su abrigo y con el sombre-

ro en la mano, se adelantó hasta llegar á la butaca que permanecía desocupada, de la cual tomó posesion, haciendo que el diplomático recogiera el sombrero, que habia depositado en ella.

— ¡Qué veo! exclamó Guillen como hablando consigo mismo..... Es él..... no hay duda, ó me engaña la más rara semejanza.

La Marquesa quiso averiguar el motivo de aquella exclamacion y preguntó :

— ¿Qué es ello?

— Guillen contestó :

— Número dos de la quinta fila.....

Mercedes habia sido más curiosa, y al sentir el primer paso del hombre que entraba en la sala, clavó en él sus ojos y lo siguió atentamente hasta que lo vió ocupar la butaca que se hallaba vacía, y entónces, sin poder contenerse, exclamó :

— ¡ Ah! es él.

— ¿Quién es él? preguntó el Duque.

La criolla no oyó la pregunta, ó no quiso contestarla, y sus ojos se encontraron con los de la Marquesa, que acababa de reconocer el motivo de la sorpresa de Guillen, poniendo-

se sumamente pálida, á pesar de que tuvo la precaucion de sonreirse.

— ¿Me he equivocado? preguntó el médico.

— No, contestó la Marquesa. Y corrigiéndose, añadió : Creo que no.

— ¿Es Lanuza? volvió á preguntar el doctor.

— A lo ménos, añadió la Marquesa encogiéndose de hombros, se le parece mucho.

Y apoyando el codo en el antepecho de la platea y la barba sobre la palma de la mano, fijó su atencion en la escena, como si todo lo demas le fuera indiferente. No obstante, con el extremo del ojo y valiéndose alguna vez de la pantalla de los gemelos, veía que su futura cuñada contemplaba atónita la butaca ántes vacía y desde aquel momento llena.

Creyó ser sorprendida en esta oculta investigacion, y no sabiendo qué hacer, soltó los gemelos que tenía en la mano y agitó su pañuelo, exclamando :

— Bravo, bravo.

Casualmente era un momento oportuno,

pues la tiple acababa de modular una frase encantadora.

Los amigos de la Marquesa prorumpieron en un aplauso estrepitoso, y el público, arrastrado, á pesar de sus prevenciones contra la empresa, aplaudió gritando:

—Bravo, bravo.

En aquel momento cayó el telon y la tiple fué llamada á la escena.

Presentó la Marquesa su semblante sereno á Lanuza, que aplaudía desde su butaca, y sus miradas se cruzaron.

Mercedes vió esto, y se la oyó reir desesperadamente en medio de los aplausos.

Aquella ovacion inesperada á la *prima donna* era un triunfo de la Marquesa.

CAPÍTULO III.

El cazador de leones.

Luégo que terminó la ovacion imprevista tributada á la *primera donna*, el diplomático, cuidando de no ser visto por los otros dos consignatarios de la triple alianza, se escurrió bonitamente entre la confusion de los que invadian el tránsito que divide las butacas en dos hemisferios, y ganó la puerta. Mas su precaucion fué inútil, porque el Vizconde y el marino lo vieron escurrirse, é hicieron como que no lo habian visto, sin embargo de que debieron sentir la misma sospecha; esto es, que iba al palco de la criolla.

Un instante despues el Vizconde se levantó, diciendo á su compañero:

—Lo veo á V. en ánimo de no abando-